

(¡algunos se atreven a negarlo!) hay que admitir que es una rutina divina. La mañana, la tarde y la noche. Siempre lo mismo; es verdad. ¡Pero cuántas bellezas en esas mañanas, en esas tardes y en esas noches! La rutina en el espacio: el acá, el allá y el más allá. Siempre lo mismo; es verdad. Pero, ¡cuánta hermosura en ese acá, en ese allá y en ese más allá! La tierra y el cielo, el espacio visible, están llenos de ternura para el hombre. Se me hace difícil determinar dónde está la ternura que me conmueve: si en el ámbito sidéreo lleno de maravillas, donde el tiempo y el espacio se juntan, o en mi corazón.

De la misma manera que no podemos separar nuestra vida, nuestro "yo" del tiempo, tampoco podemos separarla del espacio. Nuestra vida terrenal, en su esencia misma, está condicionada por el tiempo y el espacio. Así, mientras vivimos, no podemos separar nuestro "yo" de la doble rutina del tiempo y el espacio. El hombre rutinario es el hombre más fiel al tiempo y al espacio. Es el que está más cerca de la esencia de la vida. El que más se adentra en la esencia, en el meollo, de la vida. Se es rutinario porque se ama la vida; conscientemente se sujeta la vida al tiempo y al espacio porque se les ama.

El hombre rutinario es el que más se identifica con el tiempo y el espacio, o sea, con la esencia de nuestra vida. Es significativo que

Kant, el célebre filósofo, no abandonara nunca el contorno de su ciudad natal y su paseo diario a pie lo diera tan exactamente a la misma hora que el vecindario ponía sus relojes al verle pasar. Aquel hombre hacía profundas excavaciones en el "yo", en la raíz de la vida. No es extraño que quisiera identificarse así con el tiempo y el espacio. (El espacio físico es imagen del espacio metafísico).

Frente al hombre rutinario está el voltario, el que no se sujeta a horas y cambia de continuo de lugar. Se dirá que éste vive su vida más intensamente que aquél. Pero no es así. El hombre voltario, que revuela como mariposa sobre el tiempo y el espacio, no roza sino la epidermis de la vida. El mariposeo externo es reflejo de su mariposeo, de su frivolidad interior. Podrá circunnavegar de continuo en el tiempo y el espacio, pero no gozará del tiempo ni del espacio, no los hará suyos porque no echará anclas en el tiempo ni en el espacio.

La intensidad de la vida proviene de la raíz que eche en el tiempo y el espacio. Mientras más honda la raíz, más fuerte será el árbol y más espléndida su copa de flores y de frutos.

Luis VILLARONGA.

San Juan. Puerto Rico.

Recreo sobre los gigantes

Alfredo CARDONA PEÑA.

(En el *Rep. Amer.*)

Si nos pusiéramos las botas de siete leguas y camináramos por el territorio de la vieja literatura, tropezaríamos con los señores gigantes, de cuya vida y milagros nos habla el hombre de antaño con certeza conmovedora.

Se les ve a lo lejos, diseminados como torres, cubriendo la llanura del primer sueño metafísico, y a ellos va a dormir el sueño legendario y a inspirarse la infancia del libro de oro. Pues son una especie de coturnos que elevan el paisaje espiritual de todos los pueblos, y ya violenten los brazos como aspas de molino, ya lancen miradas fulminantes o deshojen la rosa de los vientos, que todo lo pueden hacer siendo tan descomunales, no pierden cierta analogía con el candor, ese jardincillo del alma. De donde los gigantes, con todo y su fortaleza volcánica, vienen a resultar pequeños tumultos inofensivos.

Pero esto no es lo importante. Lo importante es llegar a saber quién inventó los gigantes, y luego dilucidar si efectivamente existieron.

Acerca de lo primero, podría afirmarse que el pueblo. Suprimid estos colosos risueños y miraréis al pueblo sin imaginación, a la leyenda sin criatura predilecta y al niño sin literatura. No habría argumento heroico. Se humillaría la nobleza del pasado. Sería tanto como incendiar una selva o dinamitar una catedral. Esto acaba de suceder en Europa, y por eso está como está: sin gigantes, o acaso con gigantes mutilados, que son los más horribles. "La cultura —decía Ortega a propósito de la aventura de los Molinos— pretende establecerse como un mundo aparte y suficiente, adonde podemos trasladar nuestras entrañas. Esto es una ilusión —concluía— y sólo mirada como ilusión, sólo puesta como un espejismo sobre la tierra, está la cultura puesta en

su lugar". El drama provino, en consecuencia, de que el nazi quiso ver la cultura como se ven los intestinos del crimen, suplantándola por el brutal realismo del ario. Y ya se sabe lo que ocurrió.

En cuanto a la existencia de los gigantes, o sea la verdad de las ilusiones, habremos de recordar al gran caballero de la Mancha, que lidió con ellos y sentía por sus personas la atracción del abismo. Es, pues, este caballero quien habla y dice: "En esto de los gigantes hay diferentes opiniones, si los ha habido o no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Goliaz, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres". Esta es, proviniendo de persona tan honrada, una verdad como un templo. Y para acabarla de remachar, aquí tengo otra, muy bien pesquisada en la historia de Bernal Díaz, quien nos cuenta que al llegar a Tlaxcala, el cacique del lugar aseguró a don Hernán Cortés, individuo muy descreído en cosas de imaginación, que sus antepasados habían sido gigantes. No lo creyó Cortés, y aun subrayó la afirmación del cacique con una sonrisa que quería decir: *Eso pal gato*. Pero el jefe de la tribu, cuyo nombre no aparece en mi memoria, invitó a Cortés a visitar un osario, y una vez allí, ordenó que se revolvieran los terrones. Pues bien: ante la mirada espantada de Bernal Díaz, del Conquistador y de sus principales guerreros, apareció entonces un hueso humano de tamaño desusado, al parecer un fémur que medía la estatura de un hombre regular. "Yo me medí con él

Agencia del

Repertorio Americano

en Londres

B. F. Stevens & Brown, Ltd.

New Ruskin House,

28-30 Little Russell Street, W. C. 1
London, England

—explica Bernal con encantadora sencillez— y tenía tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo, y trajeron otros pedazos de huesos como el primero; mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra, y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones, y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra".

Todo lo cual viene a comprobar el verso de Verdaguier, honda y misteriosamente ensoñado: "Antes de que Grecia naciera, ya existían aquí gigantes", refiriéndose al Continente cuyo nombre nos llega resonando en Platón.

La literatura ha hecho con los gigantes un enorme pastel de cumpleaños. Sin ir más lejos, don Francisco de Quevedo, pícaro y santo, introdujo en el poema heroico titulado *De las necedades y locuras de Orlando el enamorado* (1635), nada menos que a los supergigantes, o gigantes de gigantes que tenían "si- mas tenebrosas por bostezos", y los cuales

*rascábanse de osos y de lobos
como de piojos los demás humanos.*

Aquí también, en América, tuvimos nuestros colosos. Se cuenta que habiendo llegado Magallanes a la desembocadura del río San Julián, situado en la parte más austral de su viaje, determinó invernar allí, y explorando sus soldados el interior, encontraron habitantes cuya estatura pasaba de los doce palmos. Además, los libros sagrados de la indología están acordes en afirmar la existencia de hombres de incomparable grandeza, y gigantescas fueron sus obras, a punto de que la estatuaría los esculpió, como si dijéramos, de tamaño natural, como páginas vivas de piedra en las cuales se inspiraron los relatos de los primeros pobladores americanos, esos relatos que se transmitían como la llama de los juegos olímpicos, que oyó el fraile y se vaciaron al latín, que durmieron en los conventos, debajo de los altares; que luego fueron traducidos y arreglados; que viajaron al francés, al inglés y el castellano; y que finalmente, después de ese continuo trasiego y molienda, nos llegan fuertes, vigorosos, eternos en su palabra tres veces oculta.

Sea lo que fuere, lo cierto es que la gigantomaquia es un vigor necesarísimo al común ensueño del hombre. Siempre experimentaremos una rara y linda belleza al leer relatos en donde el Gigante, llorando de amor, dice a la Princesa del cuento nórdico: "Lejos, muy lejos de aquí, en un lago hay una isla y en la isla una iglesia y en la iglesia hay un pozo y en el pozo un pato y el pato tiene un huevo y el huevo tiene dentro mi corazón".

México, D. F. Julio de 1949.